

1.2. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA GUERRA FRÍA: LA IDENTIFICACIÓN DE FASES

Al finalizar la *Segunda Guerra Mundial* con la ocupación de Alemania y tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki con armas nucleares, el escenario internacional presentaba unas características profundamente distintas a las del periodo de entreguerras.

Estados Unidos fue la única gran potencia que no padeció los efectos devastadores de la guerra en su territorio y tan sólo tuvo un balance de unos 300.000 soldados muertos en combate. Por el contrario, durante los años de la contienda experimentó un importante crecimiento económico, principalmente industrial (aumento del 90% entre 1940-45) y agrario (aumento del 20%), para atender el esfuerzo de guerra, lo que le permitió representar el 40% del PNB mundial y hasta dos tercios de la producción de petróleo en 1945. Del mismo modo, el dólar se convirtió en moneda de referencia para el sistema financiero internacional tras la implantación del programa de Bretton Woods, al concentrarse aquí dos terceras partes de las reservas de oro, además de ser también el principal país inversor y acreedor del mundo. En un plano complementario, detentó el monopolio nuclear hasta 1949 y, con el presidente Truman, planteó una política exterior más activa, que rompía con las tendencias aislacionistas imperantes en épocas pasadas. Por todo ello, “en 1945 el poder económico, la estabilidad política, la capacidad militar y el atractivo cultural de Estados Unidos posibilitaron su transformación en una superpotencia” (De la Guardia, 2009: 521).

La Unión Soviética, como vencedora de los ejércitos alemanes en el este y centro de Europa, también adquirió un indudable protagonismo en 1945, pero a partir de unas bases muy diferentes. Con 26 millones de víctimas mortales y una importante destrucción de su patrimonio urbano e industrial, fue sin duda el país que padeció con mayor intensidad los efectos negativos del conflicto. Por otra parte, el tardío desarrollo industrial del imperio ruso, frenado por el efecto de la revolución de 1917 y la guerra civil posterior, sólo permitió ofrecer los primeros síntomas de superación de ese atraso con la implantación del sistema de economía mixta que supuso la *Nueva Política Económica* promovida por Lenin y, más tarde, con el inicio de la planificación estatal impuesta ya en época de Stalin. Pero, pese al ingente esfuerzo de esos años, concentrado sobre todo en la industria pesada y militar, su capacidad económica en el momento del armisticio era incomparablemente menor que la estadounidense. No obstante, la recuperación de territorios en su frontera occidental, desde el Báltico al mar Negro, la presencia de sus ejércitos en todos los países limítrofes, su carácter de potencia nuclear desde 1949, o la influencia que ejercía sobre los partidos comunistas que en diversos países de Europa occidental (Italia, Francia) alcanzaron importantes éxitos electorales en esos años de posguerra, ampliaron su influencia hasta permitirle negociar de igual a igual con las potencias occidentales.

Europa fue, sin duda, la gran derrotada en la guerra, cualquiera que fuese el bando en que se alineasen sus diversos países. La crisis económica y las graves

destrucciones bélicas provocaron que su PNB en 1945 apenas alcanzase en conjunto a representar un 40% del correspondiente a 1938, pero ese simple dato es tan sólo la constatación de la pérdida definitiva de una hegemonía en los asuntos mundiales detentada durante siglos, pese a que el Reino Unido y Francia parecieron mantener durante algún tiempo cierto protagonismo por su estatus de vencedores. El rasgo más expresivo de esa nueva situación de dependencia fue su división en dos áreas de influencia, acordada en Yalta y Potsdam, reflejada en la fragmentación de Alemania desde 1949 y simbolizada desde 1961 por la construcción del *Muro de Berlín*. De no menor importancia fue la progresiva pérdida de sus imperios coloniales, ante el impulso de los movimientos nacionalistas surgidos en esos territorios y el apoyo soviético-norteamericano a la descolonización.

Este último conjunto constituye un cuarto jugador del nuevo *tablero mundial*, según la conocida metáfora de Brzezinski (1997), que alcanzó una significativa presencia desde diversos puntos de vista a partir de los años 50 del siglo, tras la independencia de un gran número de nuevos Estados, planteando incluso un movimiento de objeción al alineamiento en uno de los bloques. No obstante, en 1945 esta vasta extensión del mundo aún comenzaba tan sólo a esbozar los rasgos que iban a diferenciarla en décadas posteriores.

Con este punto de partida, a partir de 1946 la *Guerra Fría* adquirió carta de naturaleza y definió sus principales rasgos, afianzados o cuestionados a partir de una sucesión de acontecimientos que también han permitido identificar fases o periodos con características propias. Son incontables los estudios dedicados al análisis de este periodo histórico que han resumido, interpretado o debatido tales acontecimientos. En ese sentido, podemos remitirnos aquí a algunas obras más o menos recientes —bien de carácter general o específico sobre el periodo— que aportan una excelente y más amplia aproximación descriptiva y explicativa (Kennedy, 1987; Kissinger, 1994; Walker, 1995; Hobsbawm, 1995; Taylor ed., 2003; Gaddis, 2005; Judt, 2005; Pereira, 2009), por lo que el texto se limitará a sintetizar algunos hechos necesarios en la caracterización de la época, para luego centrar la atención en las claves geopolíticas subyacentes y algunas de las aportaciones más relevantes desde ese ámbito.

Frente a periodizaciones más detalladas, se ha optado por la más frecuente y sencilla, que distingue dos periodos de idéntica duración y que corresponden a la conocida como *primera Guerra Fría* (1946-1963), seguida de una *fase de distensión o détente* (1963-1980), a la que seguiría un recrudecimiento de la tensión internacional en la *segunda Guerra Fría* (1980-1989), que condujo al abrupto final de este orden geopolítico en apenas dos años.

a) *La primera Guerra Fría y el equilibrio del terror*

Apenas estrenada la esperanza que produjo el final de la guerra más devastadora de todas las conocidas en la Historia, se precipitaron una serie de acontecimientos que, en tan sólo un lustro, modificaron por completo el anterior

mapa de alianzas, suscitando numerosas incertidumbres y la amenaza fundada de otro enfrentamiento. Los hitos que jalonaron ese nuevo *descenso a los infiernos* han sido repetidos hasta la saciedad, pero es preciso recordarlos de forma breve y ordenada para restablecer una secuencia que dé sentido a las sucesivas acciones y reacciones por parte de los diversos actores implicados.

Apenas diez meses después de la capitulación alemana, en una conferencia dada en una universidad norteamericana, el excanciller británico Winston Churchill se refirió a la división que se estaba produciendo en Europa por un *telón de acero*, ante la ocupación de su mitad oriental por el ejército soviético y la ampliación de su territorio en más de medio millón de kilómetros cuadrados (al incorporar las repúblicas bálticas, el este de Polonia, Moldavia o Rutenia), en abierta oposición a los intereses de las potencias occidentales, que veían amenazada su posición en el continente.

Un año más tarde, en marzo de 1947, el presidente Truman expuso ante el Congreso de Estados Unidos la doctrina que se conocería con su nombre, en la que dio por cancelado el *statu quo* heredado, al considerar que la URSS estaba incumpliendo los acuerdos de Yalta y Postdam sobre el reparto en esferas de influencia, intentando extender la suya en países como Grecia o Turquía, sometidos a graves revueltas internas. Ante tal situación, apeló a un argumento idealista muy querido en EEUU desde los tiempos del presidente Wilson, según el cual, ante la *amenaza comunista* que se cernía sobre los *pueblos libres*, Estados Unidos se erigía en defensor de esa libertad, comprometiendo su apoyo frente al totalitarismo.

En julio de ese mismo año, la publicación en la revista *Foreign Affairs* de un artículo escrito por George Kennan, diplomático en la embajada de Moscú, que alertaba sobre el secular expansionismo del imperio zarista y la tendencia al proselitismo de la ideología comunista, sentó las bases teóricas de la denominada *estrategia de contención*, que analizaremos más adelante. En ese ambiente, se crearon un nuevo *Departamento de Defensa* con mayores competencias y recursos, así como un *Consejo Nacional de Seguridad*, que incluyó la constitución de la *Agencia Central de Inteligencia* (CIA), replicada por la creación de la KGB en 1954.

En el plano económico, el temor a que la grave crisis posbélica en los países europeos, con las secuelas habituales de desempleo y pobreza, pudiera favorecer que los partidos comunistas llegaran al poder, sirvió de evidente incentivo a la aprobación del llamado *Plan Marshall* en abril de 1948, que durante cuatro años supuso la inversión (en su mayoría a fondo perdido) de más de 13.000 millones de dólares destinados a la reconstrucción de la economía del continente. Ante la negativa de la URSS y sus aliados a participar en el programa (o la exclusión de otros como España), la ayuda alcanzó finalmente a un total de 16 países, que recibieron una inyección de liquidez con la que pudieron realizar una importación **masiva** de alimentos y, sobre todo, de maquinaria y bienes de equipo procedentes en su mayoría de Estados Unidos, creándose entonces la *Organización Euro-*

pea de Cooperación Económica (más tarde OCDE) para gestionar los recursos y promover iniciativas. El Consejo de Ayuda Económica Mutua (COMECON), que fue la réplica en los países del Este que —salvo la URSS— estrenaban en esos años la planificación económica, se formalizó en enero de 1949.

La respuesta soviética a estas medidas también quedó reflejada en la constitución del *Kominform*, como internacional de los partidos comunistas bajo su influencia, o en acciones como el bloqueo de Berlín Oeste (julio de 1948 a mayo de 1949) y el apoyo al golpe que implantó un régimen comunista en Checoslovaquia (febrero de 1948). Todo ello impulsó y justificó la constitución de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), integrada por diez países europeos occidentales más Estados Unidos y Canadá, en abril de 1949, con la inclusión de la República Federal Alemana, reconocida oficialmente en mayo de 1949. La respuesta a estas acciones se produjo de inmediato, con la constitución de la República Democrática Alemana (octubre de 1949) y, ya en 1954, con la firma del *Pacto de Varsovia* entre la Unión Soviética y sus aliados europeos. También en septiembre de 1949, la URSS se convirtió en potencia nuclear, iniciándose así una carrera suicida entre los dos miembros de ese exclusivo club para reforzar sus arsenales nucleares, además de su armamento convencional, en beneficio de lo que el presidente Eisenhower bautizó como el *complejo militar-industrial* de ambos países.

Aunque las miradas del mundo seguían puestas en el *teatro de operaciones* de una guerra hasta ese momento incruenta con centro en Europa, la lógica geopolítica inaugurada en esos años tuvo también su reflejo en otras regiones. Así, por ejemplo, en septiembre de 1947 se firmó el *Tratado Interamericano de Ayuda Mutua*, conocido como *Tratado de Río*, por el que se estableció una alianza de 19 países del continente con Estados Unidos para enfrentar cualquier agresión, tanto interna como externa, que actualizó la *doctrina Monroe* de intervención en América Latina y se completó con la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) al año siguiente.

Pero sin duda la novedad más importante en esos años fuera de Europa fue la constitución de la República Popular de China en 1949, tras la victoria de las fuerzas comunistas en la guerra civil posterior al final de la invasión japonesa y la huida de los partidarios del Kuomintang a la isla de Formosa. Tanto en este caso como en el de Corea, dividida en dos Estados por el paralelo 38° en ese mismo año (y más tarde en el de Vietnam, donde en 1954, tras la independencia de Francia se produjo otra división a lo largo del paralelo 17°), la lógica de la *Guerra Fría* supuso que los nuevos Estados contasen de inmediato con el apoyo soviético o estadounidense, trasladando el enfrentamiento al Extremo Oriente asiático.

Precisamente, esa espiral de tensión alcanzó su punto culminante con el estallido de la guerra de Corea en 1950, tras la invasión del sur por las fuerzas norcoreanas a la que respondió Estados Unidos, que logró el apoyo de una fuerza internacional bajo el auspicio de Naciones Unidas, pero que llegó a provocar

un riesgo cierto de conflagración mundial tras la entrada en el conflicto de China y el apoyo sólo indirecto de la URSS. Todo ello originó una larga guerra de desgaste en la que se contabilizaron más de dos millones y medio de víctimas, sólo finalizada tras la firma de un armisticio en julio de 1953, que no permitió identificar un claro vencedor de la contienda. Se estableció así un precedente sobre la dificultad de las grandes potencias para imponerse en el campo de batalla a rivales en apariencia más débiles, que se repetiría dos décadas después con la retirada estadounidense de Vietnam y 35 años más tarde con la soviética de Afganistán.

Desde mediados de los años cincuenta pareció producirse cierta *estabilización del frente*, con episodios que mantuvieron la tensión, pero en los que ambos rivales evitaron cuidadosamente llegar a un punto de no retorno, más allá de la retórica oficial del momento y del reforzamiento de las *cruzadas* anticomunistas y antirrevisionistas, respectivamente, en ambos bandos. De este modo, la represión de las fuerzas aperturistas en Hungría (1956), el malestar provocado por la construcción del *Muro de Berlín* (1961), o la implicación directa de Estados Unidos (e indirecta de la URSS y China) en la guerra entre los dos Vietnam, se asumió de forma inmediata y tan sólo la instalación de rampas para misiles balísticos soviéticos en la isla de Cuba (1962), a menos de 200 kilómetros de las costas de Florida, y estadounidenses en Turquía, volvió a reavivar la amenaza de un choque directo. La referencia de Raymond Aron (1962) a la *Guerra Fría* como un periodo de *guerra improbable y paz imposible* comenzó a ser una buena definición de la realidad a partir de ese momento, coincidiendo con los primeros acercamientos entre los nuevos líderes de ambos bandos.

b) De la coexistencia a la distensión

A mediados de los años sesenta se inició, por tanto, un periodo en el que se superaron objetivos anteriores como el de la *coexistencia pacífica*, planteado por la *doctrina Krushev* en 1956, para avanzarse hacia un proceso de *distensión*, *deshielo* o *détente*, sólo alterado por tensiones periódicas (creciente implicación de EEUU en Vietnam hasta superar el medio millón de soldados en 1968; *Primavera de Praga* reprimida por las tropas del Pacto de Varsovia ese mismo año...), del que la instalación del *teléfono rojo* directo entre la Casa Blanca y el Kremlin fue todo un símbolo.

El proceso descolonizador, que tenía lugar en paralelo, y los conflictos locales asociados al mismo, o a la fragilidad de muchos Estados poscoloniales, supusieron nuevos motivos para intentar ganar posiciones en el frágil equilibrio de poder establecido, pero unos arsenales nucleares cada vez más potentes ejercieron un efecto disuasorio, utilizándose tan sólo como un factor de presión en el juego de la diplomacia. Como muestra del nuevo clima de relaciones, en 1968 se consiguió firmar el primer *Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares*, continuado en los *Acuerdos SALT I* sobre misiles estratégicos (1962) y en el

Tratado de Misiles Antibalísticos ABM, en 1972. Esa aproximación se acompañó con la apertura de negociaciones directas sobre el futuro de Europa, que culminaron en la *Conferencia de Helsinki* (1975), seguida por las de Belgrado (1977) y Madrid (1980).

Al mismo tiempo, durante el mandato del presidente Nixon, y bajo la influencia de su secretario de estado, Henry Kissinger, se inauguró la llamada *diplomacia triangular*, que supuso un acercamiento de Estados Unidos a la China maoísta, tanto por razones económicas como, sobre todo, con el objeto de acentuar las disputas entre los dos gigantes comunistas, iniciadas a finales de los años cincuenta y que alcanzaron un atisbo de enfrentamiento directo en la frontera del río Ussuri, en 1969.

Pero ese proceso de acercamiento se vio a menudo interrumpido por acontecimientos imprevistos y, más aún, por la presión de determinados *lobbies* con influencia sobre el gobierno de Estados Unidos, o de una parte de la *nomenklatura* soviética, que recelaban de cualquier aparente signo de debilidad derivado de una actitud negociadora, considerando que podría dar ventaja al rival para desarrollar su estrategia de poder. Esa percepción se hizo cada vez más patente en la sociedad estadounidense durante la segunda mitad de los años 70, con la retirada de las tropas estadounidenses (1973), la posterior victoria de Vietnam del Norte y la reunificación del país en 1975, al tiempo que Camboya y Laos también pasaban a contar con gobiernos comunistas. A eso se sumó su incapacidad para frenar las fuertes subidas de los precios del petróleo que la *Organización de Países Exportadores de Petróleo* (OPEP) impusieron a Occidente en 1973 y 1979 como medida de presión tras la guerra árabe-israelí en el primer caso, y tras el triunfo de la primera revolución islamista en Irán, que derrocó al principal aliado estadounidense en la región y forzó la huida del sha.

Para aumentar la preocupación del gobierno de Washington, en Centroamérica el triunfo del sandinismo en Nicaragua pareció abrir la vía a una mayor influencia cubano-soviética, tanto en este país como en otros que también vivían un conflicto civil entre el gobierno y diversos grupos guerrilleros, como El Salvador. En otro extremo del mundo, la URSS también consiguió ganar posiciones en los nuevos países surgidos tras la independencia de las colonias portuguesas (Angola y Mozambique principalmente), donde se instalaron gobiernos prosoviéticos combatidos por guerrillas apoyadas por Estados Unidos y Sudáfrica, así como en otros países del continente como Etiopía, tras el derrocamiento de su emperador.

El eslabón final de esa cadena fue la ocupación soviética de Afganistán en 1979, para apoyar a un gobierno amigo instalado el año anterior y que se enfrentaba a una guerra civil contra grupos muy diversos, que incluían desde islamistas radicales, a facciones tribales enfrentadas o *señores de la guerra*, que controlaban la producción tráfico del opio en determinadas regiones del país.

La crisis económica y la aparente debilidad política de Estados Unidos durante el mandato del presidente Carter, reflejada en la imposibilidad de resolver

de forma satisfactoria la crisis de los rehenes capturados por los *guardianes de la revolución* jomeinista en su embajada de Teherán, sembraron las semillas que auparon al poder a la corriente neoconservadora representada por el presidente Reagan, que puso fin a esa estrategia, iniciando lo que se ha venido a considerar como una *segunda Guerra Fría*.

c) De la segunda Guerra Fría a la desintegración de la Unión Soviética

El gobierno republicano que inauguró la década de los 80 en Estados Unidos planteó la puesta en práctica de un ideario en el que destacaban tres componentes fundamentales. En el plano económico, la sustitución de los principios keynesianos por un recetario neoliberal que pretendía el *adelgazamiento* del Estado en aras de la libre competencia en los mercados, como base para la recuperación del crecimiento y la competitividad de las empresas estadounidenses. En el plano social, la expansión de la brecha existente entre clases, mediante una profunda revisión de la política fiscal favorable a las rentas altas y la reducción del gasto social. En el plano geopolítico, el retorno a las posiciones de fuerza contra el *imperio del mal* y la intervención directa o indirecta en determinados países, todo ello soportado por una aceleración de la carrera armamentista y un aumento del gasto militar, que llegó a representar el 7% del PIB en esos años, forzando a hacer lo mismo a una URSS mucho más débil económicamente, donde es probable que ese gasto llegase a representar hasta el 20% de su PIB.

En este último apartado, una de las primeras medidas adoptadas que afectaba de forma directa la relación con Moscú fue la aprobación de la *Iniciativa de Defensa Estratégica*, conocida popularmente como *guerra de las galaxias*, que suponía un enorme esfuerzo tecnológico y económico para construir un escudo antimisiles que envolvía el territorio de la URSS desde Alaska y el Ártico, hasta Europa occidental, con la revisión, *de facto*, del Tratado ABM firmado una década antes. A eso se unió la intensificación de la conocida como *crisis de los euro-misiles*, con la instalación en diversos países europeos pertenecientes a la OTAN de misiles de alcance medio *Pershing II* y misiles de crucero, en respuesta a la instalación de los misiles SS-20 que la URSS había situado en diversos países del Pacto de Varsovia.

Al mismo tiempo, ese restablecimiento de acciones más agresivas frente a las supuestas amenazas justificó también la intervención en determinados países latinoamericanos, ya fuese de forma directa (Granada, Panamá), o mediante el apoyo a las fuerzas afines, tanto si se trataba del gobierno en el caso de El Salvador, como de los *contras* antigubernamentales en Nicaragua. Por otra parte, junto a acciones de represalia como el bombardeo aéreo de la capital de Libia, o el apoyo a los líderes anticomunistas emergentes en Europa oriental, principalmente a través del sindicato polaco *Solidaridad*, surgido en 1980, la administración Reagan se implicó de forma progresiva en el apoyo a los grupos guerrilleros

afganos que combatían al ejército soviético, con un creciente envío de material militar a través de Pakistán y un apoyo económico que alimentó de forma destacada a los *muyaidines* islamistas que, procedentes de diferentes países, encontraron en esa guerra santa o *yihad* su justificación —dirigida primero contra el comunismo y, más tarde, contra sus propios gobiernos o contra Occidente— y en Afganistán su primer campo de entrenamiento.

Pero esta *segunda Guerra Fría* fue menos duradera que la primera. Tras la larga era Breznev y el progresivo deterioro del régimen, visible en el estancamiento de una economía excesivamente burocratizada, su marginación respecto a la nueva revolución tecnológica, o el inmovilismo político de una gerontocracia que intentó mantenerse en el poder con las sucesivas elecciones como secretarios generales del PCUS de Andropov (1982) y Chernenko (1984), en marzo de 1985 la elección de Mijail Gorbachov inauguró una nueva era, que pretendía ser de profundas reformas internas e, irónicamente, acabó provocando la destrucción del sistema soviético. Ese programa de reformas se basaba en dos principios que se convirtieron en referencia obligada para definir su política: la *glasnost* o transparencia y la *perestroika* o reestructuración, en un intento de recuperar un *socialismo de rostro humano*, extraviado a partir de la deriva estalinista y minado por la corrupción posterior.

En el plano de las relaciones internacionales, ese cambio de rumbo empezó a ponerse de manifiesto en cuanto los países occidentales comenzaron a superar su recelo inicial frente a un dirigente que no respondía a los esquemas preconcebidos. Su primer resultado fue la reunión Reagan-Gorbachov en Washington, en diciembre de 1987, en la que se firmó el primer tratado de desarme efectivo, que desmanteló los misiles de corto alcance (hasta 1.800 km.) y de alcance medio (hasta 5.500 km.) instalados en años anteriores, y que tuvo continuidad al año siguiente en Moscú. Ese esfuerzo para reconstruir el sistema de relaciones internacionales bajo nuevas bases, aceptando las limitaciones a que se enfrentaba la URSS para mantener algunas de sus ambiciones, condujo luego a la retirada de Afganistán (febrero 1989) y a la recuperación del diálogo con China tras la reunión con Deng Xiaoping (mayo 1989), que tuvo un inmediato reflejo en la retirada de las tropas vietnamitas (prosoviéticas) del territorio de Camboya, tradicional aliado de China.

Los acontecimientos se precipitaron en el otoño de 1989, pues el abandono de la *doctrina Breznev* de soberanía limitada, que justificaba la actuación de las tropas soviéticas en aquellos países de su órbita donde se produjesen desviacionismos, abrió una puerta a la disidencia que resultó ya imposible de cerrar. En el plano material esa apertura afectó inicialmente a la frontera entre las dos Alemanias y culminó con la desaparición del *Muro de Berlín* (noviembre de 1989) que, si durante más de un cuarto de siglo simbolizó la división alemana y europea, también simbolizó ahora la eliminación de esa barrera, provocando con ello unas potentes *ondas de choque* que acabaron por derribar, uno tras otro, los regímenes prosoviéticos de Europa Oriental. El proceso ya se había iniciado en

Polonia con la victoria electoral de *Solidaridad* en junio de 1989 y, parcialmente, en Hungría, pero en unas pocas semanas alcanzó a Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía, que fue el único país donde provocó cierto derramamiento de sangre, al tiempo que se propiciaba un acelerado proceso de reunificación alemana, que se completó en octubre de 1990, resurgiendo así un Estado convertido en vértice de una Europa Central también recuperada como entidad geopolítica, frente al anterior binomio Oeste-Este.

En un movimiento de aceleración histórica que sorprendió a todos, el *COMECON* se disolvió en junio de 1991 y el *Pacto de Varsovia* en julio de ese año, al tiempo que las tropas soviéticas se retiraban de esos países, abandonando así un territorio en el que habían estado asentadas desde el final de la *Segunda Guerra Mundial*. A partir de ese momento, los acontecimientos también se precipitaron en la propia Unión Soviética, con el trasfondo de un creciente malestar, tanto entre muchos dirigentes del PCUS que veían en riesgo toda la estructura de poder construida durante décadas, como entre una población afectada por una profunda crisis económica y, en algunos casos, por graves problemas de desabastecimiento.

Tras la autoproclamada independencia de las repúblicas bálticas, en agosto de 1991 se produjo el intento de golpe de estado impulsado por una parte del ejército y los cuadros del partido comunista. Pese a su fracaso, demostró la debilidad de Gorbachov, al tiempo que consolidaba la figura de Boris Yeltsin, recién nombrado presidente de la República Rusa, núcleo central de la URSS y reflejo de la súbita recuperación de unos nacionalismos de ocasión a los que acudieron los miembros de las *nomenklaturas* de las diferentes repúblicas de la Unión como soporte ideológico para justificar sus intereses y mantener el poder dentro de su área de influencia inmediata. En ese ambiente de caos institucional, la creación de una frágil *Comunidad de Estados Independientes* (CEI), que pretendió revisar la distribución territorial del poder, apenas sirvió como antesala para que, en diciembre de ese año, Gorbachov declarase desaparecido el Estado nacido de la revolución de octubre de 1917, al que Zubok (2007) ha aplicado la denominación de *imperio fallido*.

En resumen, existen múltiples interpretaciones sobre la desaparición de la Unión Soviética, que utilizan argumentos a veces contrapuestos: mientras unas destacan la existencia de procesos estructurales de largo alcance, otras conceden mayor protagonismo a la actuación de individuos concretos, que con sus decisiones desencadenaron esos acontecimientos; algunas ponen el acento en las bases materiales de la crisis, en tanto otras lo ven en clave de victoria de una ideología sobre otra, etc. (Levesque, 1997; Taibo, 2000; Hanson, 2003). En la perspectiva aquí propuesta, la conjunción de claves externas e internas ayuda a interpretar el proceso de forma menos sesgada.

De este modo, en el plano geopolítico internacional, la profundización del desequilibrio de poder entre Estados y Unidos y sus aliados respecto de la URSS, tanto desde el punto de vista económico como tecnológico, acabó obligando a

un sobreesfuerzo para mantener la *paridad estratégica* en el plano militar que ahogó la economía soviética, incapaz de seguir soportando una carrera armamentista cada vez más costosa, el mantenimiento de tropas en el exterior y, a la vez, la mejora del nivel de vida de su población. Al mismo tiempo, en clave interna, resultó imposible optar por la vía autoritaria poscomunista de China, capaz de reestructurar la economía para lograr una progresiva incorporación de los mecanismos de mercado y un saneamiento de los sectores ineficientes, pero manteniendo el control político del PCUS y ciertos componentes de la ideología oficial vigente desde 1917. Las medidas de política económica de Gorbachov no tuvieron ningún éxito y provocaron un empeoramiento de las condiciones de vida, con el creciente descontento popular asociado. Al mismo tiempo, su intento por renovar y democratizar las bases del sistema, sin intervenir en los asuntos internos de sus aliados del *Pacto de Varsovia*, tal como preconizaba una *perestroika* convertida en la base de un pretendido orden mundial más cooperativo y menos condicionado por intereses geopolíticos, le granjearon la creciente enemistad de los dirigentes del Partido más ortodoxos y del ejército (Gorbachov, 1987). Irónicamente, ese esfuerzo de apertura dio vía libre a la reaparición de movimientos nacionalistas centrífugos, sobre todo en el Báltico y el Cáucaso, pero también en la propia Rusia, que criticaron la estructura política del Estado, así como a ciertos movimientos de intelectuales de corte neoliberal, que cuestionaron su estructura económica. La pérdida del control de esas fuerzas precipitó el abrupto final del Estado soviético, sustituido por quince nuevas repúblicas independientes.

Aunque buena parte de los regímenes comunistas extraeuropeos (China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba...), se mantuvieron sin apenas fisuras en lo político tras la desaparición de la Unión Soviética, algunos de ellos iniciaron un proceso de reformas económicas que favorecieron su progresiva integración en el sistema capitalista. De cualquier modo, los acontecimientos de 1991 supusieron el final de la *Guerra Fría* y, con ello, de un orden geopolítico articulado en torno a un conflicto de dimensión global, que definía unas relaciones de seguridad y defensa interestatales determinadas.

En ese momento, Estados Unidos se convirtió en vencedor indiscutible del pulso entablado con la URSS casi medio siglo antes y los valores que defendía (democracia liberal, economía de mercado...), o su modo de vida, parecieron difundirse hasta su práctica universalización. La tesis del *final de la Historia*, que otorgó en esos años un indudable, aunque controvertido, renombre a su autor, Francis Fukuyama (1992), vino a plantear el triunfo definitivo de ese modelo, que parecía acabar con siglos de debates ideológicos.

Pero, al mismo tiempo, al iniciarse la última década del siglo XX Estados Unidos alcanzó unos niveles de déficit fiscal, un endeudamiento exterior y un saldo negativo de su balanza comercial desconocidos en el pasado, enfrentado a una competencia creciente, tanto japonesa como europea, en algunos de sus sectores emblemáticos (automóvil, aeronáutica, electrónica, informática, etc.). En

un momento en que proliferaba la idea de que en el futuro las guerras se producirían tan sólo por motivos económicos (Thurow, 1994), esa aparente contradicción ponía algunas sombras en la proclamada hegemonía estadounidense.

No obstante, más allá de la necesaria narración selectiva de unos acontecimientos que marcaron las relaciones internacionales de esos años, sólo un análisis geopolítico y geoeconómico de las relaciones de poder subyacentes puede permitir alcanzar un diagnóstico significativo del periodo.

1.3. UN MUNDO DE DOS SUPERPOTENCIAS: LA TESIS DE LA BIPOLARIDAD Y LA POLÍTICA DE BLOQUES

Con el final de la *Segunda Guerra Mundial*, el mundo multipolar de las primeras décadas del siglo XX, caracterizado por el equilibrio inestable entre un conjunto de grandes potencias, en su mayoría europeas (Reino Unido, Francia, Alemania, Austria-Hungría hasta 1918), además de Estados Unidos y Japón, tocó a su fin. Se produjo entonces una rápida transición hacia una nueva estructuración del poder, asociada a tres conceptos que se generalizaron hasta el punto de convertirse en referencia obligada en la mayoría de análisis: la aparición de dos *superpotencias*, la consiguiente *bipolaridad* del mapa geopolítico y su reflejo en una división en *bloques* articulados mediante diferentes tipos de alianzas entre los Estados que los componían.

Esa manera de interpretar la realidad, escasamente cuestionada, se alimentó de la sucesión de hechos que acaba de describirse, pero también ayudó a dotarles de un significado preciso, como reflejo de procesos que permitieron situar en la agenda internacional toda una serie de cuestiones consideradas esenciales desde esta perspectiva, a expensas de otras que quedaron en un segundo plano por considerarlas accesorias. La extraordinaria atención prestada al enfrentamiento Oeste-Este y los esfuerzos destinados a su superación, en detrimento de la brecha Norte-Sur ligada a las grandes desigualdades en el desarrollo de los pueblos, objetivo al que se destinaron muchos menos esfuerzos, puede ser tal vez el mejor exponente de los múltiples efectos que se derivaron de esta forma de ver el sistema mundial. En ese sentido, el conflicto ideológico por encima del socioeconómico se convirtió en la clave esencial para definir ese periodo, lo que lleva a Agnew a considerar que, dentro de las tres *eras de la geopolítica* que identifica en los dos últimos siglos, ésta puede definirse como la de la *geopolítica ideológica*, en el sentido de que "los valores, mitos y eslóganes procedentes de las experiencias de los dos Estados victoriosos, los EEUU y la URSS, definirían y determinarían las condiciones del imaginario geopolítico del periodo" (Agnew, 2005: 121).

El concepto de *superpotencias* suele vincularse, en su origen, a la obra de William Fox que, en un libro publicado en plena guerra (1944), lo utilizó para